

4.5 Cultura.

<< VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

Si tienes a mano el libro, verás estas perlas en las páginas 46-47, 83-84, 86-87, 200-202, 237... Ve a ellas si sientes curiosidad; luego, para que sean plenamente comprensibles, contextualízalas con la lectura de la novela. Son momentos extraordinarios en los que se destacan la defensa a ultranza de la vida y del sentirse vivo por encima de cualquier directriz divina, y la normalización de los instintos que nos hacen humanos, como son la atracción y el deseo carnal.

También reconozco que la relación amor-odio entre la señora y Benedita es un acierto en la medida que permite ahondar en la personalidad de la criada, quien me resulta en líneas generales más interesante que la propia protagonista, pues se halla envuelta en una constante de sentimientos contradictorios que vienen *trampeados* por lo que de ella nos cuenta el narrador. ¿Es la mala que a veces creemos que es o es, realmente, en última instancia, la verdadera víctima, la damnificada de los acontecimientos que suceden en la Quinta Seca desde que murió Manuel Ribeiro, el amo? Vamos sorteando su inflexión y laxitud, compartida de alguna manera con la actitud de su señora, quien en un determinado momento, delicioso y clave para comprender el sentido de la historia, llega a confesar al doctor Viegas que teme a la criada: «Es a mí misma! Me parece que ella no es más que un desdoblamiento de mi personalidad, otra María Leonor vestida de modo diferente y que se ha puesto una máscara para que no la reconozca. Y ahora me pregunto si la verdadera Benedita volverá un día, como yo la he conocido, amiga y buena, casi hermana».

Solo muy al final podemos percibir la razón de la lucha interna que ha venido manteniendo la criada y, lo más extraordinario aún, la que a su vez también ha llevado a cabo Saramago para contener la fuerza de este personaje que muy bien podía haber inspirado el título de la novela: «María Leonor levantó la cabeza, asustada, implorante. En sus ojos había tanto miedo que la criada se quedó impresionada, perpleja. Y como si la última nube que la impidiese ver con claridad se hubiese disipado en aquel instante, Benedita, de repente, comprendió toda la enorme tragedia de María Leonor, el tenebroso motivo que casi la había hecho perderse con...» [no puedo seguir].

Creo que el final es, dentro de lo que cabe, el mejor de los posibles: coherente con la manera de ser de los tres personajes principales y con esa pizquita de intensidad y sorpresa que ayudan a esbozar una sonrisa de satisfacción cuando la experiencia lectora toca a su fin. Enorme acierto, sin duda; y gran tema de fondo el abordado en *La viuda* que la prudencia me obliga a no explicitar. Reconozco que merece la pena sobrelevar buena parte de la novela con tal de llegar al premio de los capítulos XXIV y XXV; y constatar que, de esta obra, es posible que el único superviviente en el camino literario del maestro portugués sea el doctor Viegas. Quizás porque su sombra está de algún modo detrás de los narradores que a partir de 1977 comenzaron a edificar para la posteridad el nombre de José Saramago, el padre de Violante.

El taxonomista en acción

Francesco Pecoraro prosigue con la revisión antropológica de su tiempo en 'La avenida', colosal novela sobre el desencanto

LUIS M. ALONSO

No es que Francesco Pecoraro (Roma, 1945) se haya embarcado en la aventura de la gran novela

italiana para dejar el proyecto simplemente a medias. Arquitecto y urbanista, su incursión en la literatura es tardía —cuando lo hizo ya había cumplido sesenta años—, pero no parece querer dejar su proyecto a medias. Después de *La vida en tiempo de paz*, Periférica publica ahora *La avenida*, otra colosal empresa narrativa, un segundo fresco de más de quinientas páginas de su revisión antropológica personal de nuestro tiempo, en la que el protagonista desencantado cuenta en primera persona algunos puntos cruciales de su existencia: el fracaso de las ambiciones académicas juveniles; su militancia política, igualmente frustrante; el compromiso con el sistema de corrupción imperante en la década de 1980 («eran años difíciles como todos los años del mundo», pág. 189) y el consiguiente periodo de prisión; una jubilación anticipada y la antecámara de la muerte civil. Para hacerlo usa solo una fracción del libro, la mayor parte de él está dedicada, como ocurría en su anterior novela, al fruto de la observación del mundo, incluyendo la vida cotidiana más ordinaria y los reflejos que genera.

El autor de *La avenida* es capaz de extraer lecturas esclarecedoras sobre los fenómenos sociales, los procesos psicológicos y las orientaciones culturales a partir de la descripción de detalles que muchos considerarían nimios, del tejido urbano del barrio —el protagonista, al igual que Pecoraro, es arquitecto—, de las grandes cadenas de supermercados, de las pequeñas tiendas multiétnicas y del deterioro de los edificios. Intenta racionalizarlo todo, evitando cualquier reacción emocional. Al enfrentarse al mundo se convierte además en un taxonomista, si algún detalle, por pequeño que sea, merece ser analizado no se priva de hacerlo. La gran literatura está en los pequeños detalles, parece querer darle la razón a Nabokov.

Aspirante a historiador del arte retirado de la administración pública, el actor principal y narrador lo observa todo desde el edificio en que reside. La ciudad narrada se parece a Roma. Digamos que es Roma, aunque la haya rebautizado como Ciudad de Dios. El mismo protagonista se encarga de reconstruir su historia en Valle Aurelia, un barrio obrero donde, desde mediados del siglo pasado, se fabricaron ladrillos y que fue visitado por Lenin en 1908. La solidaridad comunitaria ha sido reemplazada por los asentamientos ilegales de los parias de la tierra y una especie de modelo de vegetación espontánea. Las transformaciones son observadas con ojo crítico y mucho pesar. En este panorama desolador, el único lugar donde persiste alguna forma de humanidad es el Porcacci, un bar de barrio donde la gente todavía conversa; la novela intercala extractos de esas conversaciones en el dialecto local, y el lenguaje se convierte en uno de los dos eslabones que unen a la vecindad. El otro es el

equipo de fútbol. En realidad es lo que queda de la vida humanizada después de que la arquitectura y el urbanismo hayan fracasado estrepitosamente. El propio protagonista y narrador es incapaz de reconocerse en lo que le rodea, confiesa que vive en el borde de la no ciudad donde suceden cosas propias de otras épocas y de otros lugares salvajes o semi-salvajes de remotos continentes.

El epilogo de *La avenida* es un recordatorio final de la amargura y de la impotencia en esta nueva novela de Pecoraro, lúcida y descriptiva de los males que aquejan a los barrios cuando estos son sepultados por el desarrollismo de rostro feroz, camino de un futuro incierto y anclados en un presente inexplicable. El autor se expresa de forma cruda, sin tapujos, en ocasiones sin piedad, recurriendo muchas veces, como hasta Gadda, a la fusión de los sustantivos para otorgar mayor poder a las palabras. Pecoraro obtuvo con *La avenida*, en italiano *Lo stradone*, el premio Selezione Campiello, en 2019, y un nuevo reconocimiento por su aportación a la novela moderna, ese edificio de volumetría dispar que en su día levantaron Dos Passos, con *Manhattan Transfer*, o Döblin con *Berlin Alexanderplatz*, por poner solo dos ejemplos.



La avenida

FRANCESCO PECORARO
Periférica
530 páginas

Arquitecto y urbanista, Pecoraro, como Nabokov, cree que la gran literatura está en los pequeños detalles

